

derna, se parecería en algo á la aparición sublime del ideal religioso de los esclavos en la sociedad antigua. Yo creí que el reinado del pueblo no era la tiranía, sino la justicia; no era la venganza sino la paz; no contradecía la libertad, sino que la afirmaba, no creaba nuevas castas, sino que destruía las antiguas; no pensaba en nuevos privilegios, sino en la igualdad del derecho; y no fortificaba, sino disminuía el poder inmenso de ese Estado que solo ha sabido hasta aquí servir al progreso, contrastándolo con su insensata resistencia; y servir á la libertad, aumentando el catálogo de sus mártires. Pero no; hay una escuela que dice, que el pueblo no puede venir á la vida pública, si no se crea un Estado formidable para que sacrifique la libertad; para que perturbe las leyes económicas; para que tase los salarios; para que sea árbitro de las asociaciones; para que haga seres libres, pero no por el derecho, sino por el privilegio; una escuela que, ora se presente franca, ora solapada, tiende siempre á sustituir, al ideal severo de la democracia, al ideal de un Estado, que la revolución ha destruido, y que no puede volver sino como ha vuelto en Francia, con el envilecimiento del pueblo y la exaltación de la dictadura.

Para conocer el fin del movimiento del siglo, el fin del movimiento democrático, es necesario conocer el punto de que nos vamos alejando, el ideal que vamos combatiendo. Nos alejamos de una sociedad absolutista y nos dirigimos á una sociedad democrática. Aquella se basa sobre la tradición, ésta sobre la razón; aquella enaltece al Estado, hasta divinizarlo, ésta enaltece al hombre, hasta investirle de todos sus derechos; aquella reglamenta desde la ciencia hasta la industria y ésta emancipa todo lo que aquella reglamenta; la una, era la autoridad, y la otra, es la libertad. Ahora bien, ¿qué sistema social se acercará más á la sociedad de que nos separamos? El sistema que tenga por fin la rehabilitación del Estado, y por medio las re-

glamenciones arbitrarias, nunca tan justas, nunca tan sencillas como los procedimientos de la libertad. ¿Y qué sistema es el que así procede? El sistema socialista. Luego el socialismo, aunque tenga fines revolucionarios, es, por su ideal, una escuela reaccionaria; es por sus procedimientos y por sus medios de acción también, una escuela reaccionaria. No creáis, no, que la combatimos por espíritu conservador; no creáis que la rechazamos en nombre de intereses conservadores; no, rechazamos su ideal por reaccionario, rechazamos sus procedimientos y sus medios por contradictorios, completamente contradictorios con el ideal vivo de una sociedad democrática.

¡Ah! El socialismo tiene en todas partes grandes males; pero incomparablemente mayores en nuestra patria, por la raza á que pertenecemos y por el medio histórico en que vivimos. Aunque yo crea firmemente que el espíritu tiene en sí fuerza bastante para vencer las fatalidades de las razas, creo también que no deja de influir el temperamento de una raza en la dirección de la vida, como no deja de influir el temperamento del cuerpo en el humor del ánimo. Pertenecemos á la raza que ha sacrificado siempre la libertad en aras de la unidad social. La sacrificó en la historia antigua, cuando creó el imperio. La sombra de César todavía empaña nuestra conciencia. La sacrificó en la historia moderna, cuando creó las monarquías absolutas. Todavía nos arrastra á América en son de guerra la sombra de Carlos V. La sacrificó en la revolución misma en el momento que conquistaba sus derechos. Aun reina el despotismo militar de Napoleón. A una raza así dispuesta, como lo prueba la historia, á sacrificar en aras de la unidad social la eterna justicia y el eterno derecho, ¿vais á inspirarle desconfianza de la libertad? Pues sí, por la raza á que pertenecemos, el socialismo absorbente y panteísta es temible, lo es mucho más por el medio histórico en que vivimos.

Somos un pueblo fatalista. Tenemos de los árabes dos cualidades; la independencia heroica en nuestro hogar y la indiferencia por la vida política. Como todo lo esperamos de la Providencia en la vida, todo lo esperamos del gobierno en política. Nuestro suelo está sediento; y confiamos más en las nubes del cielo, que en los canales abiertos por el trabajo en la tierra. Esto prueba nuestra incomparable indolencia. A ella ha contribuido mucho el absolutismo. Los reyes escribían pragmáticas para ordenarnos lo que habíamos de comer, lo que habíamos de vestir, lo que habíamos de pensar. El trabajo nos disgustaba. Gustábanos en cambio la guerra donde, al grito de Dios y el rey, íbamos á morir heroicamente, á blanquear con nuestros huesos todos los campos de batalla del mundo. Después el hidalgo, el soldado, rebujado en su capa rota, paseaba su miseria por las calles, y cuando le apremiaba el hambre, tendía la mano á la puerta del convento. De aquí ese menosprecio á la libertad, de aquí esa confianza en el Estado; de aquí el socialismo de peor linaje, el socialismo que pide al gobierno pan; y se cura poco de los derechos individuales, sin los que no hay ni pan ni trabajo. En pueblo de estas tradiciones absolutistas, me parece criminal todo lo que tienda á desautorizar la libertad, aun á pretexto de socorrer al menesteroso.

Trabajadores: no creáis que pertenezco al número de los que miran indiferentes vuestros males. Los conozco y los he sondeado. Me entristece muchas veces pensar el número infinito de seres, cuya alma se consume en la ignorancia, cuyo cuerpo se consume en la miseria. Diez y nueve siglos de revoluciones, aun no han redimido al hijo de aquel esclavo, que alejado del derecho, incapacitado de entrar en los comicios, puesto junto al perro y al caballo de la casa en las antiguas estadísticas, era estimado en menos que una bestia por los señores del mundo. En el fondo del socialismo hay un deseo que es común á to-

da la democracia; hay una aspiración de que todos participamos; el deseo de vuestro mejoramiento, la aspiración á vuestro bien. He dicho mal; es un deseo que se extiende á toda la civilización moderna. En el mundo antiguo, aun para aquellos hombres que condensan en su frente el espíritu de un siglo, la esclavitud es el derecho natural. El mundo moderno se abre con la igualdad religiosa, con el ideal de la fraternidad entre los hombres, con la religión que busca al pobre para divinizar sus dolores, con el sacrificio, con la exaltación de la Cruz, el patíbulo del esclavo. El deseo de vuestro bien es universal en todos los que hoy vivimos. Solamente que unos creemos que vuestro bien está en la libertad, y otros creen que vuestro bien está en dejar parte de vuestra libertad; unos creemos que por el derecho natural, se disolverán las antiguas injusticias, como el cadáver tocado por el aire y por la luz; mientras otros creen que se disolverán conservando parte de esas injusticias en manos del Estado. Hé aquí nuestra diferencia. Pues bien; los que creen lo segundo, son utopistas, completamente utopistas. La utopía la lleva siempre la humanidad en su conciencia, como lleva siempre la esperanza en su corazón. Pero lo que hay de irrealizable, es lo que hay de injusto, y lo que hay de injusto, es todo lo que hay de reaccionario en sus utopías. ¿A dónde vamos en política? A la libertad. ¿Qué hace el socialismo? Restringe la libertad. ¿A dónde vamos en economía? A la emancipación del trabajo. ¿Qué hace el socialismo? Por la reglamentación, por la tasa, por la oposición á la libre concurrencia, esclaviza el trabajo. ¿A dónde vamos en definitiva? A convertir la enseñanza, el pensamiento, el trabajo, no en facultades del Estado, sino en facultades de la sociedad. ¿Qué hace el socialismo? Devuelve al Estado lo que le ha quitado la revolución. La democracia, va á la igualdad de todos los derechos; subordinando la justicia al interés de unas clases, va, el socialismo, en último re-

sultado, á la desigualdad de las castas.

Notadlo; los sistemas socialistas son coetáneos casi con la civilización ¿Cómo es que han sido siempre impotentes? ¿Cómo es que han sido todos infecundos, para realizar el bien que se prometían? Procede esto de dos errores que llevan en su seno. El primero, consiste en creer que el problema social se resuelve por una fórmula exclusiva, por una fórmula de escuelas; cuando no se resuelve, no puede resolverse sino por el conjunto de las fuerzas sociales. Y el segundo, en querer ir al bien por medios reaccionarios, por medios que la humanidad había abandonado ya en su camino. El ilustre jefe de los socialistas resucita la casta del Oriente cuando el mundo griego ha llegado á modelar el boceto de la personalidad humana con el cincel de las artes. Mientras el mundo antiguo iba á la libertad, el socialismo iba hácia la tiranía. El gran socialista práctico, no acertó á resolver el problema social, sino creando un imperio romano como los imperios asiáticos, que había de consumirse en una eterna orgía, y caer bajo la espada de los bárbaros. El mundo antiguo muere por un exceso de socialismo; pero, la utopía socialista no muere. Siempre reaparece con el mismo carácter: un pensamiento individual, queriendo sobreponerse al pensamiento social; un medio reaccionario, una organización reaccionaria que todo lo esteriliza. En el siglo décimo-sexto la utopía socialista se condensa en la mente de un hombre de esa Italia, esclava y dueña á un tiempo mismo del mundo. ¿Y qué medios proponía? La monarquía universal de Felipe II; el predominio de la teocracia sobre esa monarquía; un ejército de genizaros; la destrucción de Alemania, patria de la libertad del pensamiento; la ruina de Inglaterra y de Holanda, que comenzaban á impulsar el trabajo y á resucitar las libertades políticas; los habitantes de América trasportados á Africa, y los de Africa á España; un consejo de sábios para promulgar la lengua universal,

cuando el latín espiraba en los labios de las nacionalidades nacientes; las cruzadas eternas; la Inquisición siempre ardiendo; las castas, los esclavos, todo para encadenar los mares, para allanar las montañas, para completar la tierra con el cielo. Así como el socialismo griego miraba al Oriente, que era la reacción, el socialismo del renacimiento miraba la Edad Media que era la reacción. Y lo mismo sucede en los tiempos modernos. Después de nuestras revoluciones, San-Simon va á constituir su pontificado industrial; á resucitar gerarquías semejantes á la gerarquía de las cortes despóticas barridas por la revolución; á crear un poder irresponsable, cuando la base de la libertad de los pueblos se asienta sobre la responsabilidad de los poderes. El error de siempre que se reproduce, que se perpetúa; el eterno engaño del socialismo que renace; la esfinge con la vista vuelta hácia la espalda; en Grecia hácia el Oriente; en el Renacimiento, hácia la Edad Media; en la revolución, hácia el Renacimiento. El socialismo pretende meramente ser la economía social de la democracia. Pero, ¿cómo? Conmoviendo el derecho de propiedad, limitando la asociación, destruyendo la libre concurrencia; dando al Estado fuerza para una distribución mejor de la riqueza; creando talleres nacionales; volviendo como el socialismo de todos los tiempos, en medio de un mundo que predica la libertad económica al mundo antiguo, que reglamentaba arbitrariamente las fuerzas económicas, en cuyo libre desarrollo está vuestra emancipación, y la emancipación de vuestro penoso trabajo. Después de todo, el socialismo, tome la forma que quiera, se resuelve en el comunismo. El error comunista, le sirve casi siempre de base. Y el comunismo es el eterno principio reaccionario de la historia.

Solo se vence en el mundo por la libertad, Grecia vence al Oriente, porque en Salamina y en las Termópilas resonaba el grito de libertad. Atenas eclipsa á Esparta, porque

Atenas era una República democrática, en cuanto cabía serlo en la antigüedad, y Esparta era una República socialista. Los germanos vencen á Roma, porque traen el sentimiento de la libertad en su pecho. El municipio destruye el castillo feudal y emancipa al siervo, porque siente agitarse en su seno la libertad. Suiza vence á Austria, Holanda á España, porque invocan la libertad: que así es fecunda para el campesino en las montañas, como para el navegante en los mares. Los Estados Unidos vencen á la invencible Inglaterra, porque proclaman la libertad. Con el grito de libertad en los labios, la clase media derribó la Bastilla del absolutismo. Con el grito de libertad, vosotros, hijos del pueblo, alcanzareis vuestros derechos, y con vuestros derechos, el bienestar que da siempre la justicia. La historia del mundo es la historia de la libertad. No os interpongais, trabajadores, en el camino de la libertad.

Hoy, en verdad, han concluido las aristocracias científicas. La ciencia no puede ser el secreto de una casta. La imprenta, las asambleas, han difundido por los pueblos los pensamientos guardados antes en privilegiadas inteligencias. El trabajador sigue hoy á la idea, ese tribuno invisible; pero cuya voz alcanza hasta las últimas profundidades del alma.

El pueblo ha llegado á la madurez de sus facultades intelectuales y á la plenitud de su vida, y no puede retardarse el día en que llegue á la plenitud de sus derechos políticos. ¡Día feliz aquel en que no verá sus hijos arrojados al hogar por la quinta; ni el pan de su mesa menguado por la voracidad del fisco; día en que entrará libre en los comicios, se asentará como juez en el jurado, y asociado á sus hermanos en la igualdad del derecho dulcificará y templará las duras condiciones del trabajo! Pero ese día puede malograrlo la levadura del socialismo; puede perderlo la reacción hácia el ideal del antiguo Estado, la desconfianza de la libertad, que inspiran

siempre, sin excepcion alguna, todas las escuelas socialistas.

El mundo parte del socialismo y va á la libertad. En el fondo de toda escuela socialista se encuentra el sacrificio ante los derechos sociales de los derechos humanos. Pues bien; este es el carácter de toda la civilización primitiva; el carácter de Oriente, en que los sacerdotes, dueños de la tierra y de la conciencia, en nombre de los dioses que le confiaban sus secretos y le delegaban su poder, suprimían toda individualidad, petrificaban el Estado, dividían las castas, señalaban á cada clase su trabajo, á cada ser su destino, y convertían la sociedad en un inmenso templo, en cuyas aras corría la humana sangre, y en cuyo fuego se consumía la libertad. Sobre aquellas sociedades, la historia ha arrojado su anatema y el desierto su triste sudario. En sus ruinas malditas se puede ver la esterilidad de ese absorbente socialismo, en el cual perece el alma humana. Y así, notadlo, todas las escuelas socialistas, desde la de Platon hasta la de Cabet, todas tienen el mismo carácter oriental, como si estuviera allí el polo inmóvil de su vida: ora apelen á la comunidad; ora á la asociación forzosa; ora á las reglamentaciones prolijas; ora á lo que llaman el dominio de las capacidades y la distribución del premio segun el mérito; esas escuelas que intentan matar el egoísmo, pero por la desaparición de la familia; la lucha de los intereses, pero por la desaparición de la competencia y del estímulo; la guerra entre los pueblos, pero por la paz del despotismo; suprimir los huérfanos, suprimiendo antes las madres; suprimir el mal, pero suprimiendo antes la libertad; convertirlo todo á los intereses generales, pero convirtiendo antes en una máquina la personalidad humana; esas escuelas, aunque prometan á cada hombre la felicidad de los antiguos sátrapas; á toda la humanidad un reino sideral allá en el éther; una comunicación perpétua con todas las fuerzas del universo; un progreso continuo y una exaltación

infinita al través de miríadas de mundos, en una nueva cosmogonía fantástica, donde el magnetismo haga los cuerpos transparentes y las almas luminosas, están condenadas á buscar su vida en un misticismo estéril; su apoyo en el vago y movable oleaje de la utopía; su organización en un mundo viejo, decrepito, en ese oriente de los patriarcados, de las castas; en ese mundo de las formidables organizaciones sociales; donde la muerte de la libertad ha matado el alma, y la muerte del alma ha matado hasta la fecundidad de la tierra. La eterna gloria de Grecia fué protestar contra ese socialismo oriental á que pretenden volvernos los defensores del socialismo moderno. Por eso Grecia es la patria del arte, la patria de la filosofía, la patria de la personalidad humana, la patria de la democracia, que no nace sino en oposición al socialismo, individualizando los dioses, alzando en pequeñas repúblicas la primera imagen de la personalidad humana, matando las castas. En la historia del mundo moderno, la idea democrática aparece siempre en oposición con el elemento socialista. Por eso al socialismo corresponde la gloria de las castas y á la democracia la gloria de la personalidad humana; al socialismo las teocracias, y á la democracia esos estados libres que se extienden desde Atenas á Wasinghton, desde Amsterdam hasta Ginebra, verdaderos oasis de la historia; al socialismo pertenece en lo antiguo el Oriente; á la democracia Grecia.

No creamos que la democracia antigua es como la democracia moderna, no: en la antigüedad predomina siempre el Estado sobre el individuo. Esta idea de la personalidad humana, con todos sus atributos, que son sus derechos, es el resultado del trabajo de cuarenta siglos, y en vano querrá mutilarla, romperla el atrevido socialismo. Pero aun predominando el Estado sobre el individuo, aun siendo los antiguos antes ciudadanos que hombres, hay dos repúblicas en Grecia; la una fundada en la libertad, y fundada la otra

en la negación de la libertad; la una fundada en la propiedad, y la otra fundada en la negación de la propiedad; la una democrática y la otra socialista. Estas dos repúblicas son Atenas, Esparta. Contempladlas un momento. Esparta, severa como la aristocracia dórica, presidida por sus dos reyes, todo lo ha reglamentado; ha abolido la propiedad, ha negado el comercio, ha puesto un límite á la actividad, ha destruido la familia; y los hijos nacen solo para la patria, que los educa, los disciplina, les niega todo amor espontáneo, todo sentimiento individual, los convierte en soldados, y los envía á la guerra para volver con el escudo ó sobre el escudo, porque el hombre es una de las ruedas esclavas de aquella sociedad mecánica, atenta solo á destruir todo principio de libertad. Al revés sucede en Atenas. Allí reina la democracia jónica; allí vive la libertad; allí se oye el poeta en los juegos, el orador en la Agora, el filósofo en la escuela, el sacerdote en los templos abiertos á todos vientos, saludado por el eterno cántico que se exhala del pecho de los hombres libres. ¿Qué es la socialista Esparta en la historia? Una noche; la escuela de unos cuantos soldados valientes, pero feroces. ¿Qué es Atenas, la libre Atenas? La eterna honra del espíritu humano. Sus poetas todavía son el ejemplo de la poesía; las estatuas que han modelado sus escultores, todavía reciben la adoración de los artistas; sus filósofos rigen aún la conciencia humana; sus oradores son imitados en las tribunas de los pueblos modernos; y siempre que el espíritu necesite creer, amar, inspirarse en grandes pensamientos, volverá sus ojos á esa hermosa Atenas, cuya historia es, en la edad antigua, el eden del arte y de la libertad.

Repugna tanto á la naturaleza humana el socialismo, que no basta el génio más espléndido para salvarlo. Como la ley de nuestro espíritu es la libertad, no se puede fundar sociedad durable contra la ley de nuestro espíritu, como no se puede fundar edificio

alguno contra la ley de la gravitación. El gran sacerdote del socialismo en la antigüedad es el filósofo de los eternos ideales, de las eternas armonías. Su espíritu, que como el águila, solo reposa en las alturas, ha sondeado el cielo, ha visto á Dios; pero no ha conocido la tierra, no ha visto el hombre. Así es que su idea reina en la ciencia abstracta; pero no reinará nunca en la sociedad. En él está la eterna teología del socialismo. A duras penas saldrá de este círculo. En la naturaleza hay tres metales; oro, plata y hierro; en el alma tres facultades, razón, voluntad y sentimiento; en la sociedad tres clases, los que piensan, los que pelean, los que trabajan; los filósofos, los guerreros, los artesanos; y así como en el alma, la razón debe mandar en la voluntad, y la voluntad en las pasiones; en el mundo, el filósofo debe mandar en el guerrero, y el guerrero en el trabajador; y los tres, para cumplir la justicia en sus mútuas relaciones, fundar un Estado fuerte, poderoso, y que sea el padre, la madre de todos; el hogar y la familia de todos; el altar del pensamiento, y el templo de la conciencia de todos; Estado formidable, que posea los derechos; que regule el trabajo; que funde la familia; que eduque á los niños adiestrando en la gimnasia sus cuerpos, en la música sus almas; y mate, como contrario al bien, todo sentimiento individual, á cuyo fin debe poseer la propiedad, uniformar el amor y la paternidad; censurar las ideas, dictar su fé á la conciencia; y unir tan fuertemente los ciudadanos entre sí, como están unidas las primeras partículas de la materia en el seno de los cuerpos, ó las primeras ideas universales en la inteligencia de Dios. Y mientras aquel hombre extraordinario vagaba por las alturas del socialismo, de la utopía imposible; el mundo, que él quería modelar en su pensamiento, se dirigía por otro camino, se dirigía hácia Alejandro para destrozar el Oriente y matar la casta; se dirigía hácia Roma para fundar la familia y la propiedad; se dirigía

hacia el cristianismo para crear la eterna libertad humana; se dirigía hácia el mundo germánico, que con su fuerte espada había de cincelar, sobre las ruinas del antiguo socialismo, el boceto rudo pero inmortal de la personalidad humana.

Lo cierto es que el socialismo se presenta con especialidad en las naciones latinas, revestido de un carácter que señala bien á las claras la reacción, cierto espíritu á la antigua, mal capitalísimo, donde radica su incurable impotencia. Pedir hoy al Estado la solución del problema social, como en tiempo de los Gracos, es pedir un desvarío. La democracia moderna sabe aminorar los males sociales; pero no por el procedimiento antiguo, sino por el procedimiento de la libertad. ¿Creeis, trabajadores, que el Estado es como el cielo? ¿Creeis que convertirá en bienes vuestro sudor, cuando se lo entregueis, como la atmósfera convierte en lluvia las evaporaciones del mar? El Estado no podrá hacer cosa alguna sin exigir grandes tributos, y no podrá alcanzar esos grandes tributos sin que salgan del producto de vuestro penoso trabajo, sin que mermen vuestro mezquino salario. No espereis, pues, la solución del problema social del Estado, como sucedió en Roma. Y, sin embargo, estadme atentos, y vereis que aun en Roma, si el problema social se hubiera resuelto por la libertad, acaso no vinieran los tristes días del imperio, la muerte infame de la ciudad eterna, convertida por la libertad en severa reina de las naciones, y convertida por el socialismo en inmundia prostituta, hecha una llaga, espirando sobre un estercolero.

Roma se fundaba sobre la conquista. El último y el más individualista de los pueblos antiguos, se basaba sobre la propiedad. Desde los tiempos de Numa, la propiedad tenía un carácter sagrado. Por esta naturaleza de la propiedad, fué imposible allí la tantas veces intentada reacción hácia las castas. Pero, basada Roma en la conquista, la propiedad